



REPÚBLICA ESPAÑOLA

# UN ANTICOMUNISMO FRUCTIFERO

Con este título hice público el día 30 de abril de 1956 un largo escrito, que, por acuerdo de la reunión celebrada el día 10 del mes actual por el Consejo de Ministros de la República Española en exilio, se vuelve a editar hoy para repartirlo lo más prolusamente posible dentro y fuera de nuestra patria. Motivó esta decisión el acto inaudito que el Presidente Eisenhower va a realizar el día 21 de este mes. Han sido inútiles todas las advertencias que se han hecho, lo mismo en Norteamérica que en otras naciones democráticas del mundo, para que el Gobierno de Estados Unidos se abstuviera de autorizar ese paso gravísimo de su Presidente, que es ya irremediable. La visita oficial de Eisenhower a Franco va a tener lugar.

Si fuera posible la resurrección de los muertos, poblarían ese día la atmósfera los gritos de protesta de los millones de hombres que perdieron la vida defendiendo la libertad del mundo, entre los cuales destacarían, por su mayor indignación, los de muchos miles de españoles, al ver estupefactos que el representante supremo de la causa por la que lucharon y murieron estaba rindiendo pleitesía al último residuo de la confabulación totalitaria, que su heroísmo abatió con ingenua creencia de que lo había hecho para siempre. Ningún Jordán lavará al Presidente Eisenhower de esta ofensa a todo un pueblo de civilización multiseccular, que jamás podrá perdonarle la afrenta que va a recibir, sin que siquiera pueda esgrimir el ofensor como disculpa el argumento pragmático de que lo exigían las necesidades políticas o militares, pues de reclamar ellas algo es precisamente lo contrario de lo que se va a hacer.

Surge la conveniencia de reeditar y difundir este escrito, cuyo contenido nadie podrá rebatir, porque todavía hoy sigue rezándose, muy especialmente por políticos norteamericanos, la letanía del anticomunismo de Franco, y en tan innoble patraña quieren escudarse para encontrar una justificada disculpa a la decisión adoptada por el Presidente Eisenhower de rendirle pleitesía al asesino de las libertades españolas sobre el sagrado solar patrio en que se consumó el crimen. Con el mismo falaz pretexto le han estado brindando sin cesar, desde 1953 para acá, apoyo financiero y técnico, intensificándole cuantas veces apreciaban que podía sucumbir, víctima de sus grandes immoralidades y de su incapacidad administrativa, el régimen usurpador de la nación hispana. La cuantiosa aportación económica al Plan de Estabilización es el postrer sacrificio monetario, por ahora, brindado por el Tesoro de Norteamérica a la Dictadura franquista. Al parecer lo creyeron insuficiente, tan pródigos cultivadores de la tiranía en tierras ajenas, y se dispusieron a rematar aquella hazaña

financiera con este acto profundamente inmoral de reivindicación dentro de España del verdugo de España. Pero sepan quienes deben saberlo que los españoles, que fácilmente olvidamos los daños de naturaleza material, mantenemos persistentemente abiertas las heridas que recibimos en el espíritu.

Y ahora ya, el texto prometido, que dice así, sin supresión, adición o modificación de ninguna clase :

\*\*

El simplismo en la apreciación de los fenómenos no es solamente una reacción espiritual de las personas simples. En la política contemporánea ha ganado grandes capas de formación selecta, sobre todo desde la aparición como factores universales del fascismo y del comunismo. Para los fascistas quien no es fascista es comunista como para los comunistas quien no es comunista es fascista. Esas reacciones simplistas, que suprimen de dos plumazos todos los matices políticos de tipo liberal-democrático, tienen una explicación relativamente lógica en ambas posiciones extremas. Pero ya no es tan fácil de explicar el grotesco simplismo que en la política norteamericana ha escalado las más altas esferas. Durante la guerra contra Hitler y Mussolini hasta la Rusia soviética era para estos singulares políticos una verdadera democracia, sencillamente porque Stalin la asoció, aunque tarde, a la guerra contra el nazifascismo. En los tiempos confusos de la postguerra, cuando un complejo psico-patológico anticomunista había invadido epidémicamente a aquel gran país, se consideró como miembro del mundo libre hasta al General Franco con su fascismo evidente porque aseguraba ¡ y le creyeron y se lo pagan bien ! que había mantenido y seguía sosteniendo una feroz lucha contra un comunismo fantasma.

Este simplismo de los políticos norteamericanos adquirió caracteres de tragicomedia en el informe presentado a sus compañeros de legislatura por el Subcomité de las Fuerzas Armadas de la Cámara de Diputados de Norteamérica en febrero de 1955, hace poco más de un año. En aquel informe se pedían enmiendas a la ley 179 y la revisión de la ayuda militar a Europa y en él se escribieron los siguientes párrafos asombrosos : « El acuerdo de 26 de septiembre (de 1953) descubre un completo nuevo punto de vista para Estados Unidos : España dió un millón de vidas de sus hijos en defensa de su patria contra intento de conquista comunista. La Guerra Civil Española fué un intento comunista de agresión imperialista para apoderarse de la estratégica península, cerrar el Mediterráneo y para-

lizar el mundo occidental, que depende de la libre entrada y acceso al Mediterráneo ».

Aunque los republicanos españoles deberíamos estar curados de espanto, no pudimos evitar el pasmo al leer tal cúmulo de ineptias calumniosas. Aquellos doctos parlamentarios, que por su propio decoro debieran tener mayor respeto a la verdad histórica, expusieron los hechos exactamente al contrario de como los hechos habían sucedido y dieron la muestra palmaria de ignorar hasta el muy elemental de que la guerra en España la provocaron el triunvirato militar Sanjurjo-Franco-Mola y las huestes de Falange, con asistencia previamente pactada de importantísimas fuerzas militares extranjeras.

Apenas terminada aquella guerra, Hitler y Mussolini, en emulación de méritos y servicios rivales, hicieron pública la importancia y alcance de la intervención decisiva de ellos en la feroz contienda. Pero la confesión la hicieron después cínicamente hasta los propios actores de la tragedia, sin embargo de lo cual tan honorables diputados no parecen haberse enterado. Por ejemplo, uno de los signatarios antirepublicanos de un pacto con Mussolini, del que nació la guerra contra la República Española, publicó un libro que se titula « Memorias de la conspiración 1931-36 », cuyo solo título ya indica que la conspiración comenzó desde el nacimiento del nuevo régimen. En esas Memorias se revela hasta a los ciegos y a los sordos, creo que hasta a los tontos, y se prueba documentalmente que la segunda rebelión para derribar el régimen republicano en España se estuvo preparando por los monárquicos desde dos años antes de su estallido de acuerdo con el dictador de Italia, quien les prometió ayuda financiera — y después se la dió también militar muy ampliamente — « a cambio de que nosotros — dice textualmente el Sr. Lizarza — nos comprometáramos a derrumbar la República, a restaurar la Monarquía tradicional, a concluir un pacto de amistad con Italia y, en caso de conflagración en el Mediterráneo, a denunciar el tratado existente entre la República y Francia, evitando así que las tropas del Imperio francés pudiesen atravesar España ». ¿ Cabe evidencia mayor de que fué Mussolini, ayudado por los monárquicos y fascistas españoles, y no Stalin en connivencia con la República, quien pretendió « apoderarse de la estratégica península, cerrar el Mediterráneo y paralizar el mundo occidental » ?

Pero el simplismo político norteamericano resiste grániticamente todos los impactos y al parecer está dispuesto a no salir nunca de su idílico embobamiento. No de otra manera puede explicarse que Mr. Foster Dulles, con toda la seriedad que le caracteriza, haya dicho recientemente, al agasajar con una cena de honor al Ministro de Asuntos Exteriores de Franco, que los principios franquistas « han demostrado ser uno de los medios más efectivos de combatir el comunismo mundial ». ¿ Cuándo y de qué manera ha combatido Franco ese comunismo ni con sus principios ni con su acción ? A tal pregunta, que nadie le formuló, no hubiera sabido contestar acertadamente porque no tiene repuesta concreta. Y es que Franco no ha combatido jamás otro comunismo que sí acaso el de su fantasía. Don Quijote, en su locura genial, tomó por gigantes a los molinos de viento y arremetió bravamente contra ellos. Pero Franco, que a lo sumo pudiera ser Sancho Panza, procede de otro linaje. Como Don Juan de Robres, aquel estupendo español que primero creaba los pobres y después edificaba los asilos, ha inventado en España un comunismo para darse el gusto de inventar seguidamente unas campañas anticomunistas que le resultaron muy productivas. Lo cierto es que ni durante la Monarquía ni durante la República fué el partido comunista nada más que una organización insignificante por su cantidad y mediocre por

su calidad. Y es igualmente verdad que ahora, precisamente ahora, gracias al bárbaro sistema represivo del franquismo y a la irritante ayuda financiera y política para esta tiranía del Gobierno de Estados Unidos, es cuando hay en España comunismo en cantidad y en calidad — como Franco mismo reconoció, pero atenuándolo —, si bien ha disminuido bastante después del voto favorable al franquismo de la URSS en las Naciones Unidas, y yo estoy seguro de que los brotes que quedan allí de lo que llamé hace años « comunismo de la desesperación » se secarán y desaparecerán rápidamente al recobrar el pueblo español la libertad que le fué arrebatada en 1939, acontecimiento memorable de resurrección democrática que ya no tardará mucho tiempo en producirse.

Ninguna persona inteligente que se haya asomado con honestidad al estudio del periodo político precursor de la proclamación de la República y del periodo de régimen republicano libre — desde el 14 de abril de 1931 hasta el 18 de julio de 1936, día en que estalló la gran traición franquista — puede admitir la innoble falacia de que la República española tuviera el menor tinte comunista. No hubo comunistas en ninguno de los dos sucesivos Comités revolucionarios ; no hubo comunistas en el Gobierno Provisional de la República ; no resultó elegido ningún diputado comunista para las Cortes Constituyentes, donde figuraron incluso miembros monárquicos ; no hubo ningún comunista en los Gobiernos posteriores al provisional ; sólo hubo un Diputado comunista en las segundas Cortes ; no hubo ningún comunista en los Gobiernos de esta etapa y no había ningún comunista en el Gobierno que convocó las elecciones de 16 de febrero de 1936, Gobierno de derechas, no obstante lo cual los partidos de izquierda obtuvieron un éxito arrollador. En aquellas Cortes, y merced a los votos otorgados en el Frente Popular por republicanos y socialistas, resultaron 16 comunistas elegidos Diputados y no solamente dos como Franco — que de nada está personalmente enterado — ha dicho no hace muchos días. Pero ¿ qué significa esa cifra dentro de un Parlamento constituido por 469 miembros ? Y no haría falta decir, pero lo digo, que ningún comunista era Ministro del Gobierno de España, a la sazón exclusivamente republicano, en el momento de ser atacado por la rebelión de numerosos jefes y oficiales del Ejército que habían jurado por su honor fidelidad a la República. Por último, en el conjunto de los Ayuntamientos y Diputaciones provinciales de la nación sólo algunos, muy pocos, tuvieron representación infinitesimal de comunistas. ¿ No es suficiente aún ? Pues vaya este dato de gran categoría : Tampoco mantuvo relaciones diplomáticas con el Gobierno de la URSS ninguno de los Gobiernos de la República. No ya solamente diplomáticas, sino ni siquiera comerciales, afirmación que no podría hacer el Gobierno franquista sin faltar a la verdad. En efecto, siendo yo Ministro de Industria y Comercio propuse en Consejo, y ésta fué la única iniciativa en tal sentido, la gestión de un tratado comercial que consideraba útil con dicho Gobierno y mi propuesta fué unánimemente rechazada. ¿ Hará falta decir más en demostración de que el comunismo careció totalmente de fuerza y de influencia durante la época normal de la República en España ?

La gran farsa orquestada por Franco y sus colegas sobre una supuesta cruzada anticomunista comenzó a destacarse ya bien avanzada la guerra. La prueba más elocuente y decisiva de que la rebelión militar no se urdió contra el comunismo — ¿ qué comunismo ? — está en el manifiesto inicial de dicha rebelión. Ni una sola vez se escriben en él las palabras comunismo y anticomunismo. ¿ Por qué ? Porque el alzamiento tuvo como pretextos los tres siguien-

tes, que en dicho Manifiesto están claramente expresados : 1º Defensa de la Constitución de la República ; 2º Protesta contra la concesión por las Cortes de la autonomía a Cataluña, y 3º Condenación de los frecuentes movimientos de huelga promovidos por la UGT y la CNT, las dos grandes sindicales españolas, en ninguna de las cuales había la menor ingerencia comunista. Nada más. ¿ Cómo iban a señalar la necesidad de luchar contra el comunismo si sabían perfectamente que no existía ? La gente se hubiera reído de ellos porque era público el hecho de que en 1936, es decir, en los comienzos de la guerra, el total de afiliados al Partido Comunista Español no llegaba a cuatro mil y de ellos ni uno sólo tenía efectiva importancia intelectual, política o sindical.

Estos fueron los pretextos, pero existió, naturalmente, una verdadera causa. Esta : la gran derrota electoral sufrida por las derechas, que no pudieron digerirla con la debida moral política. Habían realizado una intensísima campaña de propaganda derrochando millones de pesetas al grito de « ¡ A por los 500 Diputados ! » y contaban con la simpatía de un Gobierno favorable a sus ideales. Las esperanzas de triunfo las tenían, pues, bastante bien fundadas. Pero, a pesar de ello, y ahí estuvo el origen de su desencanto y de su desesperación, fueron ampliamente derrotadas por unas izquierdas pobres y sin protección gubernativa. La legalidad de este triunfo izquierdista fué admitida por todas las fuerzas organizadas en el país, aunque las vencidas en buena ley acariciaron, sin embargo, desde el primer momento el propósito de alzarse contra la voluntad nacional y por eso provocaron seguidamente un estado de intranquilidad pública. Revelan bien claramente la aceptación del resultado electoral estos dos hechos : 1º Que el candidato de las izquierdas, don Diego Martínez Barrio, obtuvo la casi totalidad de los votos de los Diputados para ocupar el cargo de Presidente del Congreso y 2º Que a las consultas realizadas por el Sr. Presidente de la República, antes de elegir la persona a la que había de encargarse la formación del nuevo Gobierno, acudieron para emitir opinión los Presidentes de todas las minorías parlamentarias, incluso de las más adversarias al régimen republicano. Otro hecho fué que posteriormente propuso don José Antonio Primo de Rivera, creador de Falange Española, la formación de un Gobierno republicano-socialista presidido por don Diego Martínez Barrio para pacificar los espíritus que ellos mismos habían inquietado.

Ante tales hechos irrefutables surgen estas dos preguntas de imposible contestación satisfactoria. Primera : ¿ por qué, si la guerra era contra el comunismo, no se declaró la finalidad de ella en el Manifiesto para la opinión nacional que la desencadenó ? Segunda : ¿ Por qué, si la Falange Española creía que el Gobierno de la República, entonces homogéneamente republicano, era comunista o comunista, su Jefe máximo pedía como remedio al desasosiego que se constituyera otro Gobierno de naturaleza republicano-socialista ? Nadie, absolutamente nadie, daba fe en aquellos días a la patraña del comunismo, que repito se incubó en plena guerra civil. Y ello se debió fundamentalmente a la conducta de los Gobiernos de las grandes democracias liberales y socialistas que al esgrimir, primero desde Londres un pacto de no intervención y después desde Washington una ley de neutralidad, impidieron la venta en sus países al Gobierno de la República Española de los pertrechos de guerra que necesitaba para reprimir una rebelión militar de tipo nazifascista, infringiendo así el principio internacional de ayuda a los Gobiernos agredidos y consintiendo además durante años la violación de aquel pacto de no agresión por Hitler y

Mussolini en favor de Franco y sus cómplices, a quienes entregaron toda clase de armas y de aviones ¡ sin cobrárselos de momento ! Una imperiosa necesidad vital impulsó al Gobierno español a comprar en la URSS para defenderse lo que las democracias, con la única excepción gloriosa de México, le negaban sistemáticamente. Algún día, siendo ya el mal irremediable, exclamó el Presidente Roosevelt : « ¡ Nos hemos equivocado ! », y ese trágico error fué causa de la derrota de una República liberal-democrática por unas masas rebeldes a las órdenes de Hitler y Mussolini y consecutivamente de que los Gobiernos responsables de aquella conducta incivil no hayan podido sustraerse a un complejo de culpa que les obliga inconscientemente a intentar eximirse fingiendo creer lo que no pueden creer.

A Stalin no le bastaba la promesa de cobrar en buen oro el material de guerra que se le pedía — y que a la postre resultó escaso, carísimo y deficiente —, sino que exigió al Gobierno de la República Española el establecimiento previo de relaciones diplomáticas con su Gobierno, que nunca se habían aceptado antes, ni aun ya empezada la guerra. Fué a partir de este momento — o sea después de estar la rebelión en todo su apogeo — cuando el comunismo adquirió carta oficial de naturaleza en España con una proporción mínima (dos Ministros) en el Gobierno y cierta influencia sobre el pueblo, muy difícil de soslayar en las dramáticas horas que se estaban viviendo. Durante esta desventura obtuvo fuerza la falsa posición anticomunista de Franco, y como aquella sucia maniobra le produjo a su « Movimiento » dinero para el interior y prestigio en el exterior, la sigue explotando y continuará explotándola mientras el papanatismo tenga los numerosos adeptos con que actualmente cuenta todavía.

Uno de esos papanatas, el periodista Mr. Frank Kelley, de « New York Herald Tribune », ha escrito en su periódico no hace muchos días que « El General Franco ha luchado toda su vida contra el comunismo y hace veinte años lo destruyó militarmente ». Yo apelo desde esta tribuna ante ese señor periodista en demanda de que demuestre su doble afirmación, la cual desde ahora califico rotundamente de doblemente falsa. No podrá hacerlo. Si tuviera la agudeza o la independencia que su profesión exige habría encontrado en lo que Franco le dijo de substancial en la interviú que con él celebró y que comenta al publicarla, no la prueba de que era un vencedor del comunismo, sino la prueba de que no había comunismo que vencer. Efectivamente, Franco le dijo lo que sigue : « En 1936, antes de estallar nuestra guerra civil, había tan solo dos diputados comunistas » — lo cual es inexacto, como he advertido anteriormente — y añadió : « No teníamos relaciones diplomáticas con la Unión soviética. » ¿ Dónde dejó su perspicacia periodística Mr. Kelley para no haber destacado esas dos afirmaciones categóricamente demostrativas de que Franco inició su guerra en España sabiendo que antes de comenzarla no había allí comunismo ? Comenta Franco, después de la primera afirmación : « Sin embargo, al estallar la guerra muchos grupos de obreros y otras asociaciones se hicieron inmediatamente comunistas », lo cual es una de esas mentiras que primero Lenin y después Hitler aconsejaron a sus discípulos que emplearan y repitieran hasta que se admitiesen como verdades. Y comenta así la segunda afirmación : « Y, no obstante, apareció enseguida un « embajador » rojo que participaba en las reuniones del Gabinete del Gobierno republicano », y eso es tan falso como lo anterior. Pero aunque aceptáramos que esos supuestos hechos fuesen ciertos, siempre resultaría que son posteriores y no anteriores al comienzo en julio de 1936 de la rebelión armada contra la Repú-

blica. Y si es así, ¿ no bastará ni el propio testimonio de Franco para que hasta los más crédulos se enteren de que antes de la guerra no había en España un comunismo apreciable y deduzcan, por lo tanto, que la sublevación no pudo hacerse contra lo que no existía ?

Ignoro quién de sus consejeros — se aseguró que fué Hitler — propuso a Franco durante la guerra el negocio del comunismo, pero el que fuere se reveló como psicólogo perspicaz y un genial financiero. Ese cuento de miedo resultó monetariamente tan fructífero como la Lotería Nacional y mejor aún porque a nadie hubo ni hay que abonarle premios. Ha bastado un cliente muy rico y enfermo de terror — el Gobierno de Estados Unidos — y otros clientes afectados de complejo de culpa — los Gobiernos de las grandes democracias liberales y socialistas de Europa — para que la emisión de bonos del Tesoro sobre un anticomunismo ilusorio pudiera colocarla Franco rápidamente con un beneficio enorme y puntual y hasta anticipadamente cobrado. El descubrimiento de este truco, muy parecido a una estafa gigantesca, fué tan sensacional y tentador que inmediatamente lo adoptaron algunos otros dictadores de igual calaña en todo el mundo, singularmente en América, y numerosos comunistas más o menos arrepentidos que comenzaron a despotricar contra Stalin y su régimen persuadidos de que ello las bastaría para que el Tío Sam les abriera generosamente su bolsa, como así ocurrió efectivamente. Y desde entonces venimos asistiendo al bufonamente doloroso espectáculo del saqueo de las arcas norteamericanas por los gobernantes fascistas y despóticos y por ciertos comunistas de la víspera que ante el jugoso fruto que obtienen se consideran la flor y nata del anticomunismo. La hacienda de Estados Unidos paga en nombre del mundo libre ¡ qué sarcasmo ! y ellos se ríen a mandíbula batiente de tan candorosa ingenuidad. Y mientras tanto rueda la fábula inflame del comunismo de un régimen, el republicano español, que fué exclusivamente liberal y democrático, con tendencias sociales, económicas, financieras e internacionales bien definidas y que precisamente por ser así sufrió los embates feroces de todo el reaccionarismo cavernario de España, al que pronto se sumó el de otros países en que imperaban dictatorialmente unos Gobiernos totalitarios para los cuales desde el primer día resultó peligroso el matiz ofrecido por aquella República recién instaurada.

Tan arraigada tenían su convicción democrático-liberal todos los partidos políticos de la República Española y era tan profunda su discrepancia con el comunismo que se produjo en Madrid durante los últimos meses de la guerra un hecho de extraordinaria resonancia que el mundo parece haber olvidado. Todos aquellos partidos e igualmente las dos sindicales obreras se alzaron en armas contra el partido comunista, a pesar de tener frente a ellos un ejército adversario, porque ya no podían soportar más tiempo una actuación que juzgaban pernicioso ni resistir una convivencia imposible. Debido a dicho acontecimiento se realizó de nuevo, desde antes de terminar las hostilidades, la separación en dos grupos de lo que solo estuvo circunstancialmente unido por las necesidades que creó una política internacional muy torpe de los Gobiernos democráticos respecto a España. La emigración republicano-socialista salió al exilio sin lazos de unión política con la emigración comunista y esa separación, que tuvo un amago pasajero de concordia, es hoy más firme y radical que nunca.

La anterior apretada síntesis de verdades irrefutables me permite formular como resumen estas tres conclusiones :

1ª. Durante toda la vigencia normal de la segunda República Española no hubo ni representación perceptible en los Ayuntamientos, las Diputaciones provinciales y el Parlamento nacional, ni un solo Ministro en cualquiera de los Gobiernos formados, ni puestos directivos en ninguna de las dos grandes sindicales obreras, ni la más mínima influencia sobre la opinión pública del partido comunista, escasísimo en número y muy pobre de calidad, razones por las cuales es falso de toda falsedad que el General Franco se levantara en armas contra la República, que estaba obligado por su honor a defender, para luchar contra un comunismo inexistente.

2ª. Después de comenzada la rebelión del franquismo, y a consecuencia de un comportamiento contrario a las normas del Derecho internacional, adquirió algún volumen y algún prestigio la causa comunista porque mientras los Gobiernos de las democracias liberales y socialistas — con la salvedad honrosa de México — negaban la venta de armas al Gobierno de la República Española, era Rusia soviética la única gran potencia que se las vendía, aunque en proporciones muy inferiores a las que los Gobiernos de Hitler y Mussolini entregaban a Franco y sus secuaces mediante créditos a satisfacer después del triunfo.

3ª. El Gobierno de Franco ha dado lugar con su conducta insensata de postguerra, eficazmente secundada por la no más sensata de los Gobiernos norteamericanos y de otras democracias, a que exista actualmente por primera vez en España un comunismo de bastante importancia, aunque será de duración efímera si mi patria recobra pronto la libertad de que brutalmente se le privó a partir de abril de 1939.

Y vaya como final el siguiente corolario, que dedico al Gobierno de Norteamérica :

« Todo el dinero que se le entregue a Franco con destino a la defensa de las libertades humanas contra un posible ataque de las dictaduras antidemocráticas equivale exactamente a lo que en España llamamos echar margaritas a puercos ; y hasta creo que todavía es peor y menos útil que eso empeñarse en pagar a un tirano para que batalle contra la tiranía y en consagrar como campeón de la libertad ajena a quien tiene amordazado a su propio pueblo. »

\*\*\*

¿ Será necesario advertir que ni el periodista Frank Kelley se dió entonces por aludido ni ninguno otro de los ofensores de la República Española ha recogido después el guante lanzado por mí en este escrito ? Han encontrado más cómodo seguir aferrados a la calumnia, sistema totalitario, que acudir al palanque de la discusión libre, sistema democrático. Por eso ofrecen el contrasentido práctico de que llamándose liberales defienden la tiranía. Este sainete para llorar ha durado ya demasiado tiempo para que nosotros permanezcamos impávidos ante la difamación sistemática. De momento ya solo deseo añadir a lo dicho que si eso es la democracia liberal que se usa por otros mundos, nuestro hondo y sincero liberalismo democrático obedece a principios muy distintos y gira en otra órbita diferente.

París, 14 de diciembre de 1959.

FELIX GORDON ORDAS  
Presidente del Gobierno de la  
República Española in exilio